



Raros

POR ARIEL INGAS. ILUSTRACIÓN DE ALEJANDRO BARBERO.

Una tentación a introducirse en el primer libro del autor –recientemente publicado por Ediciones del Boulevard– a través de una de las narraciones cortas que reúne.

En esa época, la palabra “gay” no había entrado en el idioma todavía. La gente del barrio usaba el rótulo de “homosexual” en los casos en que se requería altura de discurso. Pero la mayoría de los hombres decía “maricas” y algunas señoras usaban “raro”. Yo me crié en ese barrio y era uno de los raros.

La sensación hoy, a cientos de kilómetros y a unos cuantos años, es de cariño y añoranza. No es el tiempo pasado el que se añora, sino la sensación de nido cálido, de pertenencia a un lugar. Los veranos parecían ensañados con esas calles de tierra. La greda seca del invierno se calentaba convirtiéndose en ceniza ardiente y uno veía en forma de fantasma, de humo de cigarrillo, cómo el calor salía del polvo hirviendo y volaba hacia el cielo. Los habitantes del barrio se escondían durante esas siestas. A mí me gustaba sentarme debajo de la sombra del paraíso que había en la vereda de casa y escuchar el tiempo. A esa hora en que todo hervía, los movimientos eran lentos y una capa de sueño flotaba desde la ruta hasta el borde del caserío donde empezaban los campos de papas y se acababa el barrio. A las dos de la tarde se veía llegar al primer grupo de mujeres a sus casas. Eran mucamas que trabajaban en el centro y tomaban un ómnibus destartalado que las dejaba en la ruta. Las veo caminar bajo el sol. Un grupo de hormigas petizas y calladas con carteras de colores brillantes y pertenencias ignoradas y unas varillas de pan que se salían de las bolsas de plástico. Se iban metiendo cada una a su casa, de donde no salían hasta que el calor menguaba y había queregar la calle.

En algún momento de la siesta, pasaba el heladero. Tenía una bicicleta azul y un uniforme blanco. Llevaba una gorra blanca con la marca del helado en la frente, la palabra “Frigor” encerrada en un círculo celeste, encerrado él en la tragedia de ese trabajo de esclavo. Nunca le compraba helados; no me gustaban. Y no me habría animado a detenerlo porque simplemente no podía comprarle lo suficiente como para que se vaya a su casa. Por eso lo dejaba pasar y él no dejaba de mirarme, sentado ahí debajo del árbol. Quizás pensaba que algún día le compraría, quizás no me veía.

Las horas pasaban lentas. A veces venían dos amigos de la cuadra con los bolsillos llenos de bolitas a jugar conmigo. Se habían escapado de habitaciones oscuras y con ruido de ventiladores. Habían saltado las tapias y aquí estaban, siempre girando la cabeza por si alguien salía por la puerta del frente de sus casas, lo que significaba problemas y correteos y dos días de encierro total.

En la simpleza de ese barrio pobre, los que demostrábamos indicios de rareza debíamos estar a la altura de nuevas circunstancias y abandonar la tranquila fluidez de esas vidas que se entendían como normales. Así

fue que a los doce años pedí que me anotaran en un colegio del centro, sinónimo de poder y alienación para los habitantes del paraje. Ahora yo bajaba del ómnibus con las hormigas pero me envolvía un halo de



Las dos cuadras que separaban mi casa y la parada del ómnibus se hicieron interminables, no por la distancia sino por la cantidad de batallas que había que luchar contra las flechas envenenadas que salían de atrás de las persianas entreabiertas.



niño bien cuya vida escondía exquisitas y lujosas actividades allá, donde no se me veía.

La distancia entre el barrio y el centro pronto se achicó, porque la ciudad estiraba sus tentáculos de urbanización invasiva y ya sólo quedaban unos cinco kilómetros de campos entre nuestro caserío y las primeras casas de dos pisos, marca de las clases altas. La distancia entre el barrio y yo crecía proporcionalmente.

Partí definitivamente a alquilar un departamento en otro lugar de la ciudad cuando las dos cuadras que separaban mi antigua casa y la parada del ómnibus se hicieron interminables, no por la distancia sino por la cantidad de batallas que había que luchar contra las flechas envenenadas que salían de atrás de las persianas entreabiertas.

He regresado en varias oportunidades y el sentimiento es grato. El paraíso me reconoce. Lo he visto tirarme unas flores pequeñas a los pies. Las siestas deben de seguir pariendo su calor asesino en las calles del barrio, me imagino. Lo que no puedo explicar es por qué, con el aplastante dolor del exilio en la espalda, lo que más añoro es un heladero sudoroso que nunca me habló, unas mujeres con pan en sus bolsas y un partido de bolitas en un redondel de sombra. 